

Antón Costas

El consenso viene tras el acuerdo

No han aprobado el primer examen de investidura, pero el suspenso de Pedro Sánchez y Albert Rivera no debería ser visto como un fracaso. Como sucede en las oposiciones difíciles, es infrecuente que los candidatos aprueben en la primera convocatoria. En términos financieros diríamos que el resultado estaba ya descontado por el mercado.

¿Qué puede ocurrir a partir de ahora? Para buscar una respuesta podemos utilizar un enfoque probabilístico o uno posibilista. Si utilizamos el primero, el resultado más probable es que ni Sánchez ni Rivera –ni ningún otro candidato alternativo– aprueben tampoco en la segunda convocatoria. O hasta es probable que no haya nueva convocatoria. Habría que convocar nuevas elecciones. Este resultado sí que sería un fracaso de la política española.

Ahora bien, el escenario de nuevas elecciones, con ser el más probable, no tiene por qué producirse. A mi juicio, aunque la probabilidad sea baja, es muy posible que finalmente haya acuerdo para un gobierno de coalición.

Preguntémosnos: ¿por qué se le da una probabilidad elevada al escenario de nuevas elecciones? Porque el análisis que se utiliza para hacer este pronóstico se apoya en la hipótesis de que el acuerdo político sólo es posible si hay un consenso previo entre fuerzas políticas diferentes. Desde este punto de vista, el consenso sería un prerrequisito para el acuerdo. Si se comparte esta hipótesis, dado que ese consenso previo no existe, el pronóstico más probable son nuevas elecciones.

Los resultados del 20-D han dibujado un escenario complicado en el que, a priori, dominan las fuerzas de naturaleza centrífuga. Desde el extremo de la derecha, Mariano Rajoy quiere atraer a Pedro Sánchez y Albert Rivera hacia su posición. Desde el extremo de la izquierda, Pablo Iglesias quiere atraer a Pedro Sánchez hacia la suya. En este sentido, el PP y Podemos actúan como fuerzas centrífugas que operan con la vieja lógica española del frentismo, ya sea de derechas o de izquierdas, es decir, la vieja política polarizada, partidista, rival y

excluyente del otro. Sin embargo, lo que en principio no era probable ha ocurrido. Frente a esas fuerzas centrífugas, han aparecido fuerzas centrípetas. Los dos partidos estatales que en los resultados del 20-D quedaron en el centro han puesto en marcha una dinámica que puede acabar atrayendo los extremos hacia el centro. El acuerdo político para la investidura y más

El acuerdo político entre Sánchez y Rivera ha hecho surgir un consenso que abrirá vías a nuevos acuerdos

allá entre Pedro Sánchez y Albert Rivera ha puesto en marcha una dinámica política que no existía antes de las elecciones.

La foto de la mesa de negociaciones entre el equipo del PSOE y el de Ciudadanos es histórica. Nunca antes en España dos partidos políticos rivales –uno de izquierda socialdemócrata y otro liberal progresista– se habían sentado alrededor de una mesa



JORDI BARBA

a discutir y aprobar un programa conjunto de gobierno. Este acuerdo ha sido alcanzado sin que hubiese un consenso previo entre ambos. Han sido el diálogo, la negociación y el acuerdo los que han hecho aflorar el consenso entre ambos. Y ese consenso abre ahora la puerta a un nuevo posibilismo político.

¿Quién dirigirá a partir de ahora ese posibilismo? Apoyándose en que ha sido el más votado, Mariano Rajoy reivindica su primogenitura. Se ve como el *hereu*. El problema es que no ha registrado a tiempo su primogenitura. Como registrador que es, Rajoy conoce bien el lema del escudo del Colegio de Registradores: “Prior in tempore, potior in iuri”, es decir, el primero que va al registro es el mejor situado en derecho (debo esta información al prestigioso jurista y amigo Juan José López Burniol). El problema para Mariano Rajoy es que al haber renunciado a la invitación del Rey, no registró su derecho. Y ahora va a remolque de esa dinámica hacia el centro que ha abierto el acuerdo entre Sánchez y Rivera.

Imaginemos que las cosas hubiesen ocurrido de otra forma. Primero, Rajoy acepta la invitación para la investidura.

Segundo, busca un acuerdo de gobierno con Albert Rivera. Tercero, hacen la foto de la firma de ese acuerdo. Cuarto, presionan al PSOE para que lo apoyara o se abstuviese. No lo hubiera conseguido, pero en este momento el que tendría toda la presión para pactar o abstenerse en la segunda convocatoria sería Pedro Sánchez. Pero como las cosas no han ido de esa forma, el posibilismo político está ahora liderado por Sánchez y Rivera.

Aunque haya que ir a nuevas elecciones, esa nueva convocatoria será ya diferente. Ha sido el acuerdo político entre Pedro Sánchez y Albert Rivera el que ha hecho surgir un consenso que no existía anteriormente. Ese consenso acabará ampliándose, abriendo vías a nuevos acuerdos. Entre ellas, una hacia una reforma política en profundidad que dé respuesta al malestar catalán y a otros problemas estructurales de la economía y de la sociedad española. De hecho, tengo para mí que este acuerdo es la puerta de entrada de la política española al siglo XXI.●

Pilar Rahola



La indecencia

Indecencia sobre indecencia. Si alguien dudaba de que el gran proyecto de Europa es una entelequia sostenida exclusivamente por los intereses económicos, pero fallida en la capacidad de conciliar una estrategia política y social común, y mucho menos actuar cuando se trata de derechos humanos, ahí está la crisis de los refugiados como trágico baño de realidad. Europa está actuando como siempre lo ha hecho, con la arrogancia de los fuertes y la indecencia de los insensibles, y a pesar de haber medido la pata –en sentido literal y simbólico– en Oriente Medio durante décadas y décadas, ahora se quita de encima a los refugiados como si fueran una incómoda mosca en el traje de fiesta.

Y va a peor, porque con la decisión de convertir Turquía en un gran campo de refugiados, millones de euros mediante, repite la misma brutalidad que ya perpetró con los refugiados judíos que habían sobrevivido al Holocausto: encerrarlos en un territorio controlado, acotado y felizmente lejano. Lo peor es que el paraíso elegido es un Estado que juega a todos los lados, que ha permitido una frontera porosa al Estado Islámico para aprovechar el Pisuerga y masacrar a los kurdos, y cuya geoestrategia es, hoy por hoy, francamente alarmante. Turquía no sólo

Europa actúa como siempre, con la arrogancia de los fuertes y la indecencia de los insensibles

coquetea con el islamismo más radical, sino que además es el principal comprador de petróleo de los yihadistas en el mercado negro. Y, según algunas fuentes, también en el mercado blanco, si es que el término es permisible en un asunto tan sucio. Gobernado por un islamista que, según el eufemismo al uso, es “moderado” –como si se pudiera considerar moderado a quien quiere convertir la charia en ley civil y penal–, es un aliado desleal, inquietante y, en general, capcioso. Y si ahora se convierte en el patio de atrás de Europa para miles de personas que huyen del miedo y la guerra, significa que hemos perdido todo sentido de la humanidad.

Por supuesto que la crisis humanitaria es compleja, nadie sabe cómo resolverla y las puertas no pueden abrirse de par en par. Pero hay un enorme abismo entre dar paso libre a quien quiera venir y no encontrar ni una sola manera de repartir a los refugiados entre los países, porque nadie quiere asumir su drama. La decisión de comprar a Turquía para que sea la Chipre de los supervivientes del Holocausto es una vergüenza más en la gran lista de vergüenzas de Europa, cuando se trata de solidaridad, caridad y humanidad. Es un retrato de nuestra incapacidad, pero, sobre todo, de nuestra displicencia, y nos deja un panorama de ineficacia, cuando se trata de crisis humanitarias de gran alcance, que nos recuerda hasta qué punto es débil la gran Europa.

El poeta argentino González Tuñón dijo que Europa era un soldado dormido sobre su mochila. Creo que se equivocaba. Es una panza llena de manjares, sobrecargada de vino, que duerme la siesta del barrigón. Tan mítico ser europeo y, reiteradamente, tan miserable.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Albert Corominas

Capuchinos, 50 años

Qué sucedió allí? Dice la ley de Universidades de Catalunya que “en la resistencia contra el franquismo destacó el papel de la universidad como espacio de reivindicación democrática y pacífica de las libertades y de afirmación de sus funciones sociales. Son exponentes de ello episodios como el acto de constitución, el 9 de marzo de 1966, del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona [SDEUB], en el convento de los Capuchinos de Sarrià”.

Con la asamblea constituyente, anunciada antes, sin lugar ni día, en los centros universitarios, culminaba una lucha de años por una organización propia, democrática, independiente del gobierno y de la Falange.

A. COROMINAS, *catedrático emérito de la Universitat Politècnica de Catalunya*

Asistieron unos quinientos estudiantes, representantes de los veinte mil universitarios de Catalunya, que les habían votado masivamente en unas elecciones libres como respuesta al intento del régimen de sustituir el falangista y obligatorio Sindicato Español Universitario por las Asociaciones Profesionales de Estudiantes, que no llegaron a cuajar. Asistieron también más de cuarenta invitados, básicamente intelectuales y profesores no numerarios. Al ser imposible celebrarla en la universidad, la reunión se acogió a la hospitalidad de los frailes.

Iniciado el acto, la policía asedió el convento, en el que irrumpió unos dos días después por orden del dictador y sin permiso eclesiástico. Los intelectuales fueron detenidos y multados. La represión contra los universitarios (detenciones, torturas, expulsiones, penalizaciones en el servicio mi-

litar) se intensificó y ya no cesó. Unos y otros contaron durante el sitio con la solidaridad de los capuchinos, que llegó al punto de facilitar la evasión de personas particularmente comprometidas.

No fue, por tanto, como se ha dicho y se dice, una conspiración ni un encierro, sino la insólita constitución, bajo la dictadura, de una organización democrática, ilegal pero no clandestina, que aspiraba a una universidad democrática, como la que propugnaba el manifiesto aprobado en la asamblea. Y que sólo era posible en un marco de libertades, negadas y combatidas por aquel régimen ominoso.

Faltaban más de diez años para la reinstauración de la democracia y el SDEUB no pudo pasar de 1968. Pero el franquismo había perdido la universidad. Y nunca más la recuperaríamos.●